

te útiles a la patria: aclimatación de artes europeas aplicables a la guerra de la independencia, que era entonces la necesidad del país, circunstancias que no hay para qué repetir. Montó una fábrica de pólvora, una nitrería, una fundición de cañones, una máquina de taladrar fusiles y una Casa de Moneda. No había, por de contado, máquina ninguna, ni elementos para hacerlas, ni modo ni tiempo de pedirlos a Europa; y además, el nuevo ingeniero militar, que había vivido entre las artes sedentarias de la paz, no conocía aquellos ramos. Pero el hombre que por carecer de barómetro había ideado el método de medir las alturas por medio del agua hirviendo, no podía detenerse por tan poca cosa. No había máquinas; las hizo. No las conocía, las inventó; y todas ellas sirvieron perfectamente. En 1814 abrió en Medellín el primer curso de estudios de la Academia de Ingenieros; pero en el año siguiente fue comprometido por el Gobierno Nacional a que viniera a Santafé con su familia a fundar una escuela militar.

“Tenía ya una familia; nos habíamos olvidado de decirlo, y el modo como la obtuvo ayuda a completar la pintura de su carácter. Sus amigos le hicieron presente que le convenía crearse un hogar y fijar su suerte. El, que era virtuoso, y que sabía que, *¡ay del hombre solo!* encontró puesto en razón el consejo. Pero era el caso que sus queridas ciencias no le dejaban lugar para enamorarse, ni mucho menos para galantear a una novia; resolvió el problema encargando a un amigo de su ciudad natal que le buscara una mujer de ciertas condiciones. Tal fue el modo como verificó su matrimonio: fue padre, gozo inefable para su alma afectuosa y ardiente; pero desgraciadamente no tuvo sino un hijo varón, que murió en la infancia por su precoz desarrollo intelectual: tuvo además tres hijas, Carlota, Ana María y Juliana.

No tuvo un hombre a quien transmitir el uso de sus instrumentos científicos para que subiese con él la falda de los Andes o la escalera del Observatorio. Por este tiempo acababan de ocupar las armas españolas, victoriosas ya en todo el territorio, la capital del Reino; las fuerzas republicanas se dividieron a buscar fortuna; las unas al mando del Presidente Madrid, siguieron para el Sur, y las otras con Serviez a Casanare. Supo Caldas todo esto, y emigró buscando una salida por Buenaventura. No pudo embarcarse, regresó y fue aprehendido con su amigo Ulloa en la hacienda de Paispamba. El Jefe

aprehensor (Simón Muñoz) le propuso en el camino que se fuera a Quito, donde dominaba D. Toribio Montes, jefe español, humanitario y generoso. Caldas rehusó porque no pudo obtener igual favor (aquel favor era la vida) para sus compañeros de prisión. En Santafé fue juzgado militarmente: confesó todos sus trabajos en favor de la independencia, pero pidió la vida mientras concluía los trabajos de la expedición botánica, aunque fuera en un calabozo y con una cadena. Los miembros del Consejo se conmovieron, pero no podían deliberar: la orden superior era la de pronunciar sentencia de muerte, y fue pronunciada. Aun se añade, no sabemos si calumniosamente, que D. Pascual Enríle puso a su solicitud de prórroga para su vida este bárbaro decreto: “Negada. La España no necesita de sabios.” Caldas fue puesto en capilla; al día siguiente las balas de los soldados del rey absoluto debían partir aquella cabeza sublime; ese pecho en que latía tranquilamente un noble corazón.... En las cacerías se mira como mayor triunfo y mejor fortuna coger al león vivo que tenerle muerto; y a este león de la ciencia, cogido inerte, se le despedazaba.... Cuentan que durante su prisión tomó un carbón extinto de una fogata de la guardia, y escribió en la pared: *¡Oh larga y negra partida!* que sus compañeros de martirio leyeron de corrido, al pasar días después, cuando recorrían el mismo camino mortal. Hasta el último momento tuvo ingenio y poesía, aun para escribir aquella lacónica, triste, resignada y misteriosa despedida a la vida y a la ciencia, que era su verdadera vida.

“El 29 de Octubre de 1816 fue pasado por las armas, en la plazuela de San Francisco junto con Ulloa. Hemos dicho en otra parte de esta historia que su cuerpo fue enterrado en fosa común en el suelo de la iglesia de la Veracruz. Sus bienes fueron confiscados. Sus bienes eran sus manuscritos, una imprenta y el ajuar de su familia.

Papel periódico ilustrado

Filial Obsequio

Cuando el Espíritu Santo su Esposa ha encontrado a María en un alma, vuela allí, entra en ella de lleno, se comunica abundantemente con esa alma, y una de las grandes razones por las cuales el Espíritu Santo no hace ahora maravillas asombrosas en las almas, es porque no encuentra en ellas una unión bastante grande con su fiel e indisoluble Esposa María. Digo indisoluble Esposa, porque

después que este Amor substancial del Padre y del Hijo se ha desposado con María para producir a Jesucristo, cabeza de los elegidos, y para producir Jesucristo en los elegidos, no la ha repudiado jamás, porque María siempre ha sido fecunda y fidelísima esposa.

El credo de la lectura

Algunos libros peligrosos intentaron, cierto día, introducirse en mi escritorio. Noté entonces un tanto de agitación e inusitadas disputas que me asustaron; creí oportuno convocar como un *concilio* para pedir a los de más experiencia un *Simbolo* que me expusiera con claridad y precisión lo que debía saber respecto de la lectura en general y de la lectura de los *romances* en particular.

Vienen, pues, a agruparse a mi alrededor, la *Modestia*, la *Alegria*, la *Imaginación*, la *Razón*, el *Trabajo*, el *Tiempo*, la *Escritura Santa*, la *Tradición sagrada* y aun la *pagana*.

La disputa fue acalorada; mas a pesar de la *Imaginación*, sobre todo, que pedía que no se tomaran decisiones muy serias, se dictó de común acuerdo el *Simbolo* siguiente:

Creo que la lectura es el *modelo* del alma y que las lecturas hacen a los hombres. *¿Qué lo que lees, y le diré quién eres.*

Creo que el temperamento intelectual se forma con la lectura, como el temperamento físico con los alimentos que nutren el cuerpo.

Creo que es imposible dedicarse por mucho tiempo a un mismo género de lectura sin sentir su influencia. La repetida práctica de una misma cosa se convierte en una segunda naturaleza.

Creo que las malas lecturas son tan perniciosas al alma, como el veneno lo es al cuerpo.

Creo que la lectura de los *romances*, aun de los que se toman como buenos, quita la *gravedad* al carácter, la *seriedad* a la vida, la *pureza* al corazón y la *fuerza* a la voluntad.

Creo que hay muchas personas *graciously* tocadas a las lecturas que se permiten o que permiten a los otros: un *pasatiempo*—una *pequeña* bien escrita—una *manera* de conocer al mundo para no dejarse cagar—un *recurso* contra el fastidio.... son pretextos para acallar una conciencia cristiana.

Creo que las personas que permiten, favorecen, imponen, aconsejan lecturas peligrosas, malas, *frívolas*, contraen una terrible responsabilidad ante Dios.

Creo que en la hora de la muerte se desvanecerán, aunque tarde, una multitud de ilusiones, con detrimento de una multitud de almas.

Creo que si se nos aparecieran las almas perdidas, por consecuen-